Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LIII - Nº 2675
Montevideo
10 de febrero de 1985



Grandes ciudades del mundo:

Barcelona

Antigua y moderna, vital, muchos y diversos atractivos ofrece la gran ciudad española. Las Ramblas —árboles, aves, niños, fiesta de flores— son uno de los lugares más concurridos y de renovada seducción.

Suplemento Dominical de
EL DIA
Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72



La gran Plaza de Cataluña por la noche

Carné de viaje XXVII

Barcelona, al fin

El alto en el camino se ha esfumado. Otra vez en movimiento. El tren atraviesa tierras españolas: atraviesa Castilla la gentil, donde la aridez cobra la hermosura que expresaron magistralmente Ortega y Gasset y Unamuno —los antípodas del pensamiento español enemistados y vueltos a amistar, el gran señor y "el energúmeno", según el gran señor, hasta que su caballerosidad le obligó a rectificarse—; atraviesa Aragón, atraviesa Tarragona, y se adentra, ante paisajes de abolengo y de ensueño a la par, frisando la costa, frisando el agua, en la sin igual Barcelona. Barcelona —oh, Cervantes glorioso!, ¿lo dijiste tú?—, Barcelona es "archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única". Desde el río Besós al Llobregat, desde las cumbres del Tibidabo y del Montjuich al mar Mediterráneo, sobre una fértil llanura, el hombre, el hombre catalán, el que de las piedras hizo panes, ha levantado, en efecto, esta ciudad de arte, este emporio de industria, esta urdimbre de comercio, a los que está apegado con amor sin precedentes. El catalán y Cataluña, y, en



especial, Barcelona, son algo consubstancial. El paisaje el paisanaje constituyen una viva substancia viva.

He dicho que voy a abrazar a amigos uruguayos, y en verdad que los uruguayos son él y los hijos, porque la esposa es española y españoles son los suegros, pero españoles no pasados por agua, como ciertos huevos, sino pasados por Uruguay, remodelados, retocados en Uruguay, hispanouruguayos —ambos gentilicios ayuntados y confundidos, esto es, la suma de dos igualdades bienquistas. He dicho que no voy a ver Barcelona, porque no me queda ya tiempo de nada, aunque... aunque, ¿cómo no hacer un esbozo mental siquiera? Sería ofenderla, sería ofender a una de las más grandiosas y sublimes ciudades del mundo. ¡Y eso, no! ¡Eso, jamás!

Barcelona es el barcelonés. Odiosa toda comparación, veo en el barcelonés un matiz que le diferencia del madrileño, del castellano en general. Se llega más difícilmente al hombre de Barcelona, al catalán, sea gerundense, leridano o tarragonense, pero se llega con mayor firmeza. Dijérase que la amistad del catalán, si más ardua de lograr, ata con lazos perennes. El catalán tiene un semblante cerrado, un carácter concentrado, que no hay que confundir con áspero, un alma recogida, que no se entrega, que no se da a las primeras de cambio.

Barcelona es, además un prodigio de atenciones, de respeto, de afabilidad. Y ese su ser esencial ha colmado a la ciudad de un vitalismo creador. El ansia de superación del barcelonés ha hecho que Barcelona "crezca sin pausa en su poderosa fuerza



Un ángulo del Puerto, con el monumento a Colón

económica, industrial y mercantil" y que el desarrollo del arte y de las letras cobre un esplendor inigualable. "Fábricas, comercios, salas de espectáculos, bibliotecas y galerías de arte pregonan el fecundo ritmo de la vida barcelonesa, dinámica, intensa y compleja".

Rubén Darío, el maravilloso nicaragüense, ha sentido con unción a este pueblo armonioso y rítmico. "Sano y robusto es este pueblo —ha escrito— desde los tiempos antiguos. Sus hijos son naturales y simples, están llenos de la vivaz sangre que les da su tierra fecunda; sus mujeres, de firmes pechos opulentos, de ojos magníficos, de ricas cabelleras, de flancos potentes; el paisaje campestre, la costa, la luz, todo es de una excelencia homérica. Hay niños, hay hembras, hay campesinos, que se dirían destinados a uno de esos cuadros de Puvis de Chavannes en que florecen la vida y la gracia primitivas del mundo. Los talleres se pueblan, bullen, abejean en ellos las generaciones. Por las calles van la salud y la gallardía, y la fama de grandes pies que tienen las catalanas, no tengo tiempo de certificarla, pues la euritmia del edificio me aleja del examen de su base. La ciudad se agita. Por todos lugares, la palpitación de un pulso, el signo de una animación. Las fábricas, a las horas del reposo, vacían sus obreros y obreras. El obrero sabe leer, discute; habla de la R. S., o sea, si gustáis, de la Revolución Social; otro, mira más rojo, y parte derecho a la anarquía. No muestra temor ni empacho en cantar canciones anárquicas en sus reuniones, y sus oradores no tienen que envidiar nada a sus congéneres de París o de Italia".

Son palabras del autor de "Los motivos del lobo" en "España contemporánea", un libro que ya no es contemporáneo de una España que tampoco lo es, y que yo leía con pasión en mi viaje a la patria de Rusiñol. Cuando el tren ha dado su mágico pitido al entrar en el andén de la estación de Francia, la



a Puerta de la Paz y el monumento a Colón



Vista panorámica del Paseo de Gracia

misma donde yo recalé en 1936; cuando he pisado de nuevo tierra catalana; cuando he visto de pronto a un barbado personaje uruguayo, doctor en Medicina, que se abalanzaba a mí y me estrechaba en sus brazos, he comprendido hasta el meollo la grandeza de Barcelona. Porque he visto la felicidad pintada en los ojos de Pedro Montero Zorrilla, amigo fiel, portento de hidalguía, gran señor de estas amadas tierras del Plata, descendiente del soberano vate autor de "Tabaré", de "La leyenda Patria", de "La epopeya de Artigas", de "El libro de Ruth", de "La profecía de Ezequiel"...; porque he visto, sí, la felicidad amarga de Pedro Montero Zorrilla, amarga como la de todo desterrado. Y esa amargura se me ha hecho patente en su abrazo. Pedro Montero Zorrilla me miraba extasiado, enajenado, absorto. Es que estaba viendo en mí a su Uruguay, y me envidiaba con esa envidia sana y noble que él sabe tan bien almibarar.

Así he comulgado yo hoy con Barcelona, cuarenta y siete años después de haber comulgado con ella por primera vez: inmerso en los brazos efusivos de un uruguayo veraz.

F. CONTRERAS PAZO

Madrid, marzo-agosto de 1983

Cuando Nicaragua era sola

En aquel lejano entonces, la tierra de los nicos era como un solo potrero. La gente, elemental, cruda. Los toros y caballos cimarrones. El único que buscó un futuro brillante al país fue William Walker, el filibustero. Este salvaje había llorado con lágrimas de sangre la derrota de los esclavistas en Estados Unidos y tuvo una idea genial: crear un nuevo estado de Centroamérica donde pudieran comprarse y venderse negros, herrarlos, ponerlos a trabajar. Los nicos lo vieron llegar y como si se les viniera el imperio encima. Llegaron a San Jacinto sus tropas de avanzada.

Una vez estuve en San Jacinto, y pude recrear la escena. A la marcha provocadora de los invasores respondían a lo lejos, como clarines, los relinchos de los potros, y como voces tristes los mugidos de las vacas. La guerra se movía hacia los corrales. Walker esperaba en Granada las noticias del avance. Nicaragua era la nada, Walker era el yanqui poderoso. Más recio que todos los blancos derrotados de la Confederación, iba a probar como es posible en los tiempos modernos comprar, vender, herrar y aprovechar esclavos. Lo inexplicable era esa oposición de los vaqueros insolentes que le salían al paso. Sin un amigo en el mundo ¿qué podían hacer? Aquí comienza el romance de Rafael Castro.

Walker tenía sus revólveres, y sus tropas los fusiles. Los nicos, piedras y lazos. Llegaron los de Walker a la hacienda, se comieron la casa, se echaron sobre los corrales. Era una hermosura verlos saltar sobre las cercas de piedra, quemar cartuchos, disparar. Y con todo, los nicos mataban yanquis... A la cabeza de los de Walker iba un rubio espléndido, en su caballo alazán. Rafael Castro estaba bien plantado sobre la yerba con dos piedras redondas en las manos. El rubio se le fue encima y Castro de una pedrada entre ceja y ceja lo echó al otro mundo. Además, la piedra golpeó de rebote en el corazón de los intrusos que comenzaron a retroceder. Y aquí fue lo del comandante Byron...

Se nos van, se nos van... pensaron los vaqueros. Sobresalía entre los yanquis en derrota Byron Cole, que clavándole las espuelas al caballo daba un hermoso ejemplo de cómo se corre cuando se está perdido. Y vino la escena que todavía recordaban las gentes cuando pasé por San Jacinto. Uno del montón abrió al chambuque e hizo silbar al aire el rejo de enlazar. Se vio la cuerda mágica y certera volar por el cielo azul con motas blancas de pólvora y caer precisa sobre Byron Cole, que del tirón cayó sobre la yerba. estas cosas, con esas palabras, no las entendemos sino nosotros...

Cuando Walker supo la muerte de Byron y otras cosas casi muere de rabia. Pero reaccionó en seguida. Tenía por delante, en tierra, un cuero estacado, donde escribió con tiza: **Here was Granada**. Hizo evacuar la ciudad para ponerle fuego. Pero un ruido como de mil rataplanes retumbando sobre el cuero de un tambor parecía salir del gran potrero de los nicos. Era el galope de los caballos salvajes, y el avance feroz de los vaqueros. Muy buen fondo musical para lo que iba a seguir. **Here was Walker**... Lo agarraron, lo amarraron al palo con los lazos del oficio. Lo fusilaron, con los fusiles tomados por los nicos de los yanquis muertos. Escenas homéricas entre hombres que mataban sin pólvora, y hasta sin hojas de acero.

Cuando los nicos se bastaban a sí mismos, sabían más que nadie de su tierra y sus toros y sus caballos y sus mujeres, sus madres y sus hijos. A pedradas echaban a los intrusos, y tornaban a sus corrales y potreros donde habían aprendido el arte de enlazar a las bestias y domarlas, y como es natural, el amor a sus pagos, como sólo lo saben los hijos de la tierra.

Bogotá, dic. 1984

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)

Ardides y contraardiles (I)

En nuestro espigar incursionamos en el trascendente acontecer de ciento setenta otoños atrás que precipitó el final del régimen hispanorioplatense, con la capitulación de la Plaza de Montevideo y subsiguiente ocupación por el "Ejército del Este", en nombre del gobierno directorial bonaerense de las denominadas "Provincias Unidas del Río de la Plata".

En su semblanza evocatoria manejamos abundantes hojas sueltas impresas y folletos de época y desde luego, el imprescindible y pormenorizado "Diario Histórico del Sitio de Montevideo" versificado en vivo y directo por el joven poeta Francisco Acuña de Figueroa, testigo presencial de los dramáticos avatares de la ciudad asediada, que registró día por día las ocurrencias más salientes. Sin olvidar las huellas periodísticas proporcionadas con generosidad por el periodismo de ambas márgenes fluviales.

LA GRAN EXPECTATIVA

La honda crisis revolucionaria, luego del triunfo federalista del Espinillo entrerriano, parecía manejar propósitos de entendimiento pacifista armado, a la espera de la irremediable caída del Montevideo contrarrevolucionario. Se dilataban las conversaciones y gestiones procuradas ante Artigas y el director Posadas y su intercambio epistolar contribuía a una calma aparente de los antagonismos.

Artigas registraba su presencia vigilante del litoral entrerriano que ya se había decidido por la causa iniciadora de la Liga Federal bajo su orientación y protección, enfrentando la absorción del régimen unitario continuista desde Buenos Aires. Las fuerzas de vanguardia oriental comandadas por Torgués, se aproximaban hacia nuestro sur, sin presumir un desenlace inminente, pero dispuestas a recibir la plaza principal del "gran todo oriental", en nombre de nuestro pueblo y de acuerdo con los postulados evidenciados en sus asambleas y congresos. Su actitud era de expectativa, por sobre las diferencias mantenidas con el sistema centralista. A la espera de la aprobación de soluciones fraternas, por sobre las rivalidades e intereses circunstantes.

LA SUERTE ECHADA

A mediados de mayo se precipitaron en forma fulminante los acontecimientos. Alvear, provisto de las más amplias prerrogativas sustituyó a Rondeau en el comando del "Ejército del Este", elevando el número de las fuerzas sitiadoras a cinco mil hombres. Simultáneamente la escuadrilla directorial del Comodoro Guillermo Brown que acechaba el Apostadero Naval montevideano, infligió derrota terminante a la españolista comandada por el Capitán de Navío Miguel de la Sierra desde el queche insignia "Hiena", que se aventuró a incursionar en el río para liberarse de su asfixiante bloqueo. El éxito fue absoluto para los intereses revolucionarios.



Guillermo BROWN, óleo de Pablo Ducrós Hicken. No obstante haber sido herido de consideración en una pierna fracturada por bala, dirigió hasta el triunfo final la escuadrilla de su mando en la batalla marítima de Montevideo contra la escuadrilla españolista de Miguel de la Sierra

Montevideo quedó aislado e incomunicado por esa vía. Cesaron sus posibilidades alimentarias por tal conducto. En los días siguiente debió sufrir intenso bombardeo por mar y tierra. El hacinamiento y precario estado sanitario ambiente, colmaron las dificultades.

En la emergencia, su Gobernador y Capitán General Gaspar Vigodet se vio obligado a reanudar las interrumpidas negociaciones de armisticio mantenidas con anterioridad entre los diversos interesados concurrentes.

El testimonio de Acuña de Figueroa en su diario poético señaló:

""También Vigodet capeando
A dos rumbos y a dos vientos,
Trata alianza con Artigas
Y armisticio con porteños,
Cual dama astuta, que a varios
Galanes admite a un tiempo,
Hasta uno lograr; pues teme
Quedarse sin casamiento."" (Domingo 7 de junio de 1814)

DOS OFICIOS

Que el Excmo. Supremo Director de las Provincias-Unidas ha recibido del General en Xefe del Exército Sitiador de Montevideo Coronel D. Carlos de Alvear.

EXCMO. SEÑOR.

A esta hora, que son las tres y media de la tarde acaba de entregarse por Capitulacion la Plaza de Montevideo al Exército de mi mándo. En consequencia pasado mañana debe ya tremolar el Pabellon de la Libertad en la Fortaleza del Cerro, y el dia siguiente daré á V. E. desde aquella Ciudad el correspondiente parte de las circunstancias que la premúra del tiempo no me permite ahora describir. Entretanto será V. E verbalmente informado de éllas por el Señor Coronel del Regimiento num° 3 D. Domingo French con quien anticipo este aviso para satisfaccion de V. E. y de los habitantes de esa heroyca Capital.

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general en el Miguelete Junio 20 de 1814.=Excmo Señor=*Carlos de Alvear.*=Excmo. Supremo Director de las Provincias-Unidas.

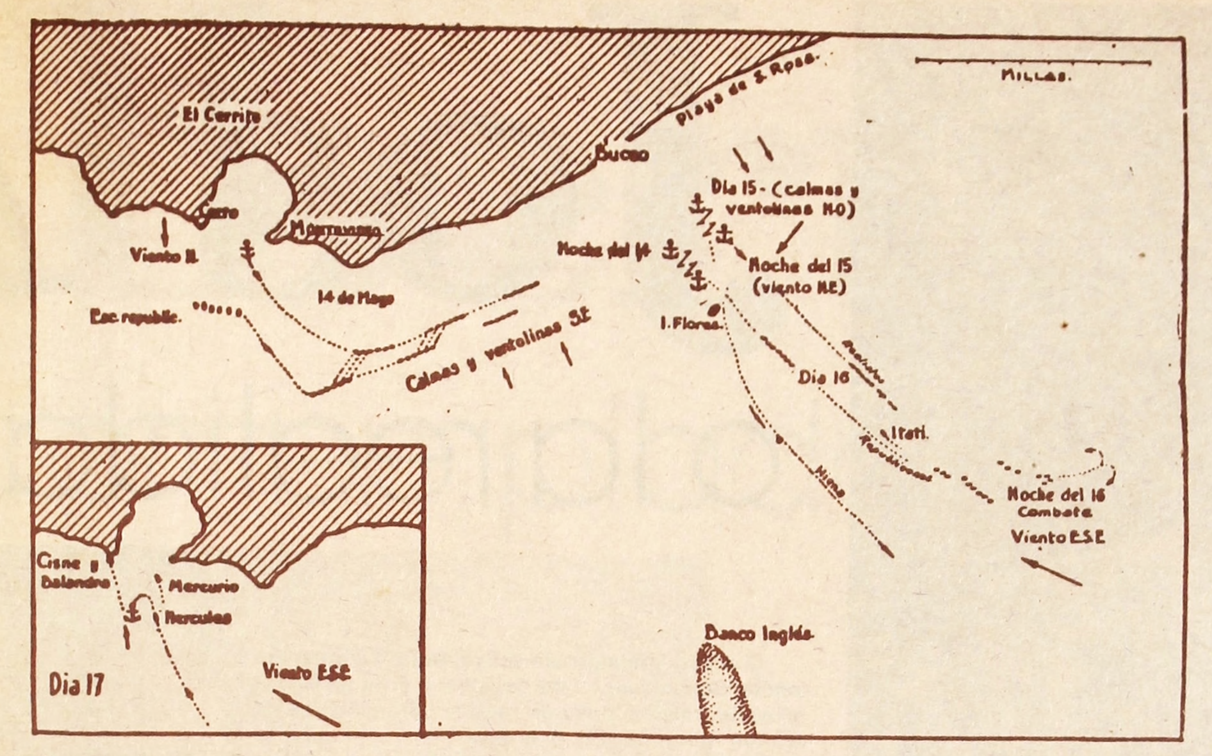
EXCMO. SEÑOR.

Son las diez de la mañana, y acaba de tomarse posesion por las Tropas de mi mándo, de la Fortaleza del Cerro, en que ya flaméa la Bandera de la Patria, y à fin de que con la brevedad posible, llegue á noticia de V. E. hago despachar este Pliego en alcance del Coronel D. Domingo French, para que lo conduzca á manos de V. E. para su satisfaccion

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel general en el Miguelete Junio 22 de 1814=Excmo Señor.=*Carlos de Alvear.*=Excmo. Supremo Director de las Provincias-Unidas.



El vecindario montevideano pudo seguir al detalle las alternativas diarias y noturnas de la batalla naval montevideana desde el recinto, la costa, los miradores y las azoteas de la ciudad. La tela de Martino evoca la persecución de la fragata "Mercurio" comandada por el capitán Pedro de la Corcuera, por la fragata negra capitana "Hércules", de Brown



Durante el prolongado operativo de las escuadrillas comandadas por el comodoro Brown y el capitán Miguel de la Sierra entre el 14 y el 17 de mayo de 1814 se efectuaron las evoluciones que se reseñan esquemáticamente. Al cabo de las mismas las comunicaciones marítimas quedaron interrumpidas, comprometiéndose su suerte acelerando el fin de la dominación hispánica en el Río de la Plata

Alvear adoptó similar actitud y contactos afines para aprovechar las favorables circunstancias. Comenzó a recibir a los emisarios de Vigodet y a escuchar sus proposiciones de capitulación.

Se dirigió también a Torgués expresándole que nada le era más lisonjero y satisfactorio "que ver la Plaza de Montevideo en poder de mis Paisanos. En el día se halla en los últimos apuros y desea entrar en negociación. Yo no admito ninguna como no sea la entrega de esta a usted. Lo que quiero es verla en poder de mis paisanos y no de los godos, a quienes haré eternamente la guerra. Para el efecto mándeme usted sin perder un solo instante dos Diputados plenamente autorizados que vengan a tratar con los de la Plaza de Montevideo del modo y forma con que deben hacer la entrega de ellos..." (Miguelete, 7 de junio de 1814)

El lento desarrollo de esas conversaciones hizo pensar a Acuña de Figueroa el lunes 13 de junio:

"Ya a sospechar empiezan
Que esperando esto mismo,
Alvear de día en día
Dilató el armisticio;
Y en discusiones vagas
Dejándole indeciso
Burló la perspiciacia..." de sus protagonistas

El General en Jefe unitario se manejó con audacia y decisión militar, sin ahorrar subterfugios y artimañas que beneficiaran sus propósitos de ocupación pro directorial y dejaran de lado la intención de los orientales de promover su legítima aspiración de iniciar el gobierno propio de su Provincia. A la par de su reconocida dinámica militar, procedió en forma que hizo discutible su actuación e impugnable su honor y conducta.

EL SIMULACRO CONCERTADOR

Los representantes de Vigodet y de las fuerzas vivas montevideanas reunidos el lunes 20 de junio en la Capilla de Pérez en el Arroyo Seco, acordaron con Alvear cuarenta y tres proposiciones consistentes en la pacífica entrega de Montevideo y sus fortificaciones; el reconocimiento de la integridad de la monarquía (Fernando VII acababa de reasumir el trono, ya liberado de su prisión napoleónica) formando las Provincias Unidas del Río de la Plata parte de ella, enarbolando su secular bandera, permitiendo el retiro de las fuerzas contrarrevolucionarias hacia la Madre Patria; estableciendo la devolución de los

EL SUPREMO DIRECTOR DE LAS PROVINcias-Unidas del Rio de la Plata acaba de recibir hoy 27 de Junio el siguiente oficio del General D. Carlos de Alvear.

EXCMO. SEÑOR.

Las Tropas del Exèrcito de la Patria que V. E. se ha dignado poner baxo mi mando se hallan en esta misma hora guarneciendo las Fortalezas de la Ciudad de San Felipe. A su presencia desaparecieron para siempre los instrumentos de la tirania; y aquel Pueblo que por tanto tiempo sacrificò al despotismo su valor y su constancia entre cadenas, hoy recibe à sus libertadores con toda la sorpresa que debe producir el exemplo de subordinacion y disciplina de estas Tropas á unos habitantes á quienes se habia inspirado el mayor horror hácia èllas por sus antiguos opresores.

El Regimiento de Infanteria num. 6 fuè el primero que entrò a tomar posesion de la Ciudadela, baxo cuyos fuegos acreditó tantas veces su intrepidéz. Un Esquadron de los valientes Dragones de la Patria le seguia. A estos los brillantes y bravos Regimientos de Granaderos de Infanteria el num. 2 num. 3 num. 8 num. 9 Granaderos Montados, y sucesivamente el resto del Exèrcito. La moderacion y aquella serenidad inalterable con que todos ellos, acostumbraron à marchar delante de los peligros distinguía esençialmente el acto de su pàcifica entrada. Y felicitando á V. E. por este dichoso acaecimiento debido á sus sabias disposiciones, quedo en comunicarle con la brevedad posible las circunstancias para que no me dan lugar las atenciones de este grande dia

Dios guarde à V. E. muchos años Fortaleza de Montevideo Junio 23 de 1814, á las dos de la tarde. = Excmo. Sr. = *Carlos de Alvear.* = Excmo. Supremo Director del Estado.

DON CARLOS MARIA DE ALVEAR, CORONEL DEL Regimiento num. 2, Inspector y General en Xefe del Exèrcito del Este de las Provincias unidas del Rio de la Plata.

Habitantes de Montevideo: el periodo fatal de la guerra y los desastres ha terminado ya. Apártese del òrden de los tiempos su funesta memoria, y sepultando en el silencio mas profundo los sucesos marcados con la desolacion, y la sangre, entren á ocupar ese lòbrego vacío los deliciosos dias de la paz, de la union y la fortuna. Habitantes: reposad tranquilos en el seno de vuestras familias inocentes. Volved al centro de vuestras relaciones. Las tropas del Exèrcito de mi mando os recibirán en sus brazos con la mas estrecha fraternidad. Nadie sera osado de perturbar vuestro sosiego injustamente. Su disciplina y su caracter de humanidad, tantas veces acreditado, no darán margen al menor disgusto. Yo espero que la comportacion de este noble vecindario sea análogo á mis deseos. Fortaleza de Montevideo Junio 23 de 1814.

Alvear

prisioneros, las propiedades secuestradas, la permanencia o salida libre de sus vecinos, etc., en las condiciones más amplias y generosas. Minucioso articulado que se hizo extensivo a los establecimentos del Carmen y Río Negro (en la Patagonia) y a todos los españolistas de la Guardia de Cerro Largo y del Campamento Fernando VII a orillas del Río Yaguarón.

El coronel Alvear acordó y aprobó punto por punto lo tratado, con escasas salvedades, luego de releer el Tratado de Capitulación por tres veces. No sólo dio su consenso; lo confirmó y estampó su rúbrica en cada uno de sus artículos. La prevenida desconfianza de Acuña de Figueroa le haría decir: "Darlo todo y no dar nada".

Sin embargo Alvear se desdijo de todo pocos días después. Manifestó que había adoptado esa actitud, en forma fingida, en espera de la clarificación de las circunstancias. Sin dejar de vigilar los movimientos de Torgués y sus delegados, ahelantes también de recibir para sí la población. Sin descuidar las confusas gestiones reales o fictas mantenidas con Artigas (preocupado en la atención creativa de la Liga Federal) y en diversificación de maniobras, ardides y "contraardides" que favorecieran sus propósitos unitaristas y su ambicioso encumbramiento.

Ambos contrayentes aceptaron implícitamente las proposiciones convenidas y les dieron principio de ejecución. Vigodet dispuso la publicación de un extracto de las mismas el martes 21 en la "Gaceta de Montevideo" como se ha visto en el N° 2661 de este Suplemento, lo que puede establecer su reconocimiento implícito. Alvear envió en seguida en calidad de propio al Coronel French, con la Capitulación entablada ante su gobierno. Los impresos de época y la prensa bonaerense, registraron paso a paso el hecho y las siguientes alternativas cambiantes.

La novedad determinó la realización de sendas fiestas cívicas. Los Gobernadores provinciales recibieron orden de efectuar solemnes demostraciones celebratorias. Estas consistieron en salvas de artillería, iluminaciones, repique de campanas, "te deums" en alabanza "del Señor de los Ejércitos" y del sometimiento de Montevideo al Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Al mismo tiempo al dirigirse desde el Cuartel del Miguelete al Director Posadas, le informó que el lunes 20 de junio a la hora 15.30: "ACABA DE ENTREGARSE POR CAPITULACION LA PLAZA DE MONTEVIDEO AL EJERCITO DE MI MANDO".

Seguidamente se inició la ocupación el miércoles 22 a las diez de la mañana, tomando posesión sin resistencia de la fortaleza del Cerro.

El jueves 23 de junio de 1814 al mediodía las tropas españolas de guarnición salieron ordenadamente, a son de trompas y cajas, evacuando la ciudad, por el portón de San Juan o Portón del Sur. Luego las fuerzas ocupantes, con Alvear montado a caballo a su frente, penetraron por el portón principal de San Pedro, seguido del Regimiento N° 6, que ocupó la Ciudadela. Tras éste, los Dragones de la Patria, los Granaderos de Infantería números 2, 3, 8 y 9, los Granaderos Montados, etc. Su marcial desfile y su lucimiento fueron destacadísima nota. La versión oficial destaca la pacífica entrega en medio de la serenidad y moderación general. Sin aludir, desde luego a la callada resignación contemplativa de sus moradores civiles habituales.

Al tiempo se emitió una proclama tranquilizadora en prevención de la explicable inquietud ante la presencia del enemigo (que había asediado el baluarte hispánico desde 1811) con el fin de evitar animosidades. Se exhortó a sepultar en silencio y olvido el desgraciado período pasado, en beneficio de las necesarias relaciones de paz y unión inmediatas. Por lo que se aseguró al vecindario que sería recibido en brazos militares con la más estrecha cordialidad.

En tal clima espiritual comenzaría a funcionar el calculado "contraardid" alvearista para obtener el dominio completo de la situación y establecer la hegemonía territorial de su gobleno en la Provincia Oriental.

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)

"Dama en rojo" (1922) (Ejemplo elocuente de rehabilitación de la forma)

Jos A

o la realida

Con este original calificativo, Robert Jones, entonces Conservador Jefe del Museo Real de Bellas Artes de Bélgica, puso en valor la obra pictórica de Joseph Albert nacido en la Rue d'Or, en el corazón de Bruselas, un día de mayo de 1886.

La vocación por las bellas artes fue muy temprana. Su padre, que dirigía una empresa de pintura y decoraciones lo llevaba consigo a su taller y le facilitó la asistencia a los cursos nocturnos de la Academia de Saint Josse, Paralelamente a sus estudios en la academia, nuestro artista fue también un pintor al aire libre.

Emancipado de la dirección paterna, en 1908 contrajo enlace y su esposa se convirtió en el modelo de su predilección para su labor pictórica en la temática figura, retrato y composición con figura.

El éxito artístico, los premios y las distinciones se sucedieron rápidamente en un período de menos de diez años. (Medalla de Oro en la Academia de Saint Josse) (Clase de modelo vivo).

Concurrió al Salón de Lieja y a la Exposición de la Galería George Girou. Fue invitado a la Libre Estética y a Comité Internacional de Bellas Artes, de París. En aquel lapso sigue sus búsquedas independientes; su paleta es hermosa y alegre. Sus obras pueden catalogarse como de posimpresionistas y fauves. Hizo grabados al aguafuerte y xilografías. Pasada la Primera Guerra Mundial se instaló en París, pero su estancia en esa ciudad fue breve. Volvió a Bruselas en 1920 y compartió su arte con la docencia como profesor en la Escuela de P. Longelain, hasta 1927.

Es entonces que su pintura se renueva. Su paleta es más sombría, animada por un cromatismo negro, verde, azul, cargado todo de carmines marchitos. Su temática la componen figuras, paisajes naturaleza muerta, dentro de los lineamientos cubistas de origen cezaniano. Luego su labor tiene un retorno que culminaría después con una inclinación al realismo del que no se apartará más.

En la época en que se afirma en Bélgica el movimiento expresionista, (véase nuesta nota en el Suplemento de fecha 6 de mayo de 1984).

Jos Albert permanece indiferente. Pone su mirada en los viejos maestros flamencos para sus composiciones con figuras, sus naturalezas muertas y sus paisajes. La figura humana por la que fue tan afecto Albert, la cultivó desde el principio y siguió haciéndolo en aquel período de la reacción formalista —dentro de la característica de ella—(1) aunque ya entonces su inclinación pictórica es por el paisaje y la naturaleza muerta.

Sus paisajes están reproducidos en sus más mínimos detalles, dibujados con el rigor de un "primitivo". El oficio puesto de manifiesto es perfecto y maneja con habilidad los negros y los ocres transparentes. Su temática la compone paisajes tomados en invierno cuando las ramas de sus árboles pierden sus hojas y se destaca nítidamente del fondo del cielo. Durante quince años trabajó en esa directiva. Los premios y las distinciones le sonríen: Medalla de Oro en la Exposición Universal de Bruselas (1937), Medalla de Plata en la Bienal de Mentón



"Atardecer en Brabante"



"El muro" (1965)

Albert

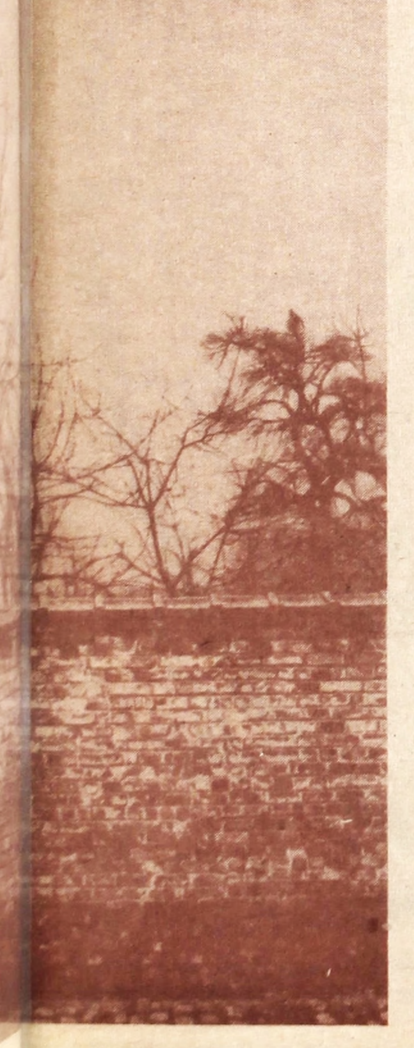
contemplada



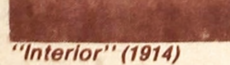
Museo Real de Bellas Artes de Bélgica



"Naturaleza muerta" (1957)



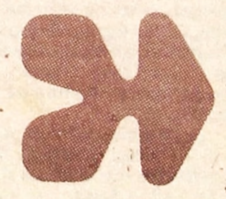




"Interior" (1914)



"Los girasoles" (1930)



(1953). En 1955, el Grupo de Pintores de la Realidad lo invitó a la exposición de Pintores de la Realidad, realizada en París. Se considera a Jos Albert el precursor de este movimiento.

En la década del cincuenta, Albert dedica una especial atención a la naturaleza muerta que se convierte en el sujeto de inspiración. La componen elementos cotidianos y simples que varía de uno a otro cuadro: pero si el motivo varía, no varía ni la técnica, ni la actitud del artista frente al modelo. Los examina con una dedicación profunda; ya sea que el modelo sea una legumbre, un pan, una cafetera, un vaso, un libro, un diario, o la jaula de un pájaro. Cada objeto es individualizado en su materia, su forma, su color y el accidente menos visible de su estructura.

Aislado o colocado en una composición, es de una realidad que va algunas veces a engañar a la vista y de esta realidad surge un clima poético surreal.

Oficial de la Orden de Leopoldo, Comendador de la Orden de la Corona, Miembro de la Academia Real de Ciencias y Bellas Artes y Letras de Bélgica, la ha representado extensamente en exposiciones dentro y fuera de su país. Holanda, Alemania, Francia y Egipto, tienen obras de su autoría.

De lo expuesto surge que la labor de Albert puede catalogarse en períodos perfectamente delimitados en el tiempo. Un comienzo veinteañero impresionista con todas las características del movimiento que nacido, en Francia, invadió toda Europa y que tuvo sus cultores apasionados durante varias décadas.

En el período impresionista su obra se caracteriza por el rigor de las manchas cromáticas, por el sentido de las veladuras, por la audacia del ajuste.

De este período, Albert pasa a los lineamientos del Fauvismo. En ambos movimientos su temática va desde el retrato a la naturaleza muerta (flores y paisaje). Una década dura esta inclinación pictórica. El lustro siguiente, con la misma temática, su obra se inscribe en los lineamientos constructivistas.

En su constructivismo (período breve) el lirismo de sus colores es sustituido por la concentración de formas en las que se acentúa la geometría.

A partir del término de este período y hasta el final de su vida, su obra es de un neto contenido rigurosamente realista, con una temática que se mantiene con preferencia de alguna, sobre otra.

Y ahora, a la constatación del título de la nota.

La intimidad de las cosas, su vida, sus formas y relaciones, su armonías, son fijadas sobre la tela, cálidas bajo la caricia de la mirada. La fidelidad a lo real, a la naturaleza, al objeto en la obra de Albert, es el testimonio de esta atención, de este respeto, de este amor y por consiguiente, **Albert es la realidad contemplada.**

Esta afirmación de Robert Jones, es el corolario de la calidad artística y humana de Albert que es un ejemplo asimismo de la fidelidad que es esencial al artista, porque la fidelidad es la razón de ser de una obra. La trayectoria de Albert, es la confirmación de esta verdad que justifica la permanencia de su obra en las cinco largas décadas de la vida del artista.

Para algunos Albert está al margen de la evolución artística. Si ello puede ser válido, la extensa obra cumplida en largos años está integrada a una corriente de un sistema de pensamiento: y esto, también es válido. Albert no se propone solamente un ángulo de vista de la realidad, sino un conjunto de elementos reales dispuestos en función del cuadro. Hay unas cosas en la medida dada a cada uno, como es; es el hecho de una restitución calurosa del objeto retenido en sus raíces como en sus ramajes; el diario es un diario, la jaula de pájaros es una jaula, pero como siempre, en poesía se puede ver más de lo que otro ve.

W.E. LAROCHE

Especial Para EL DIA

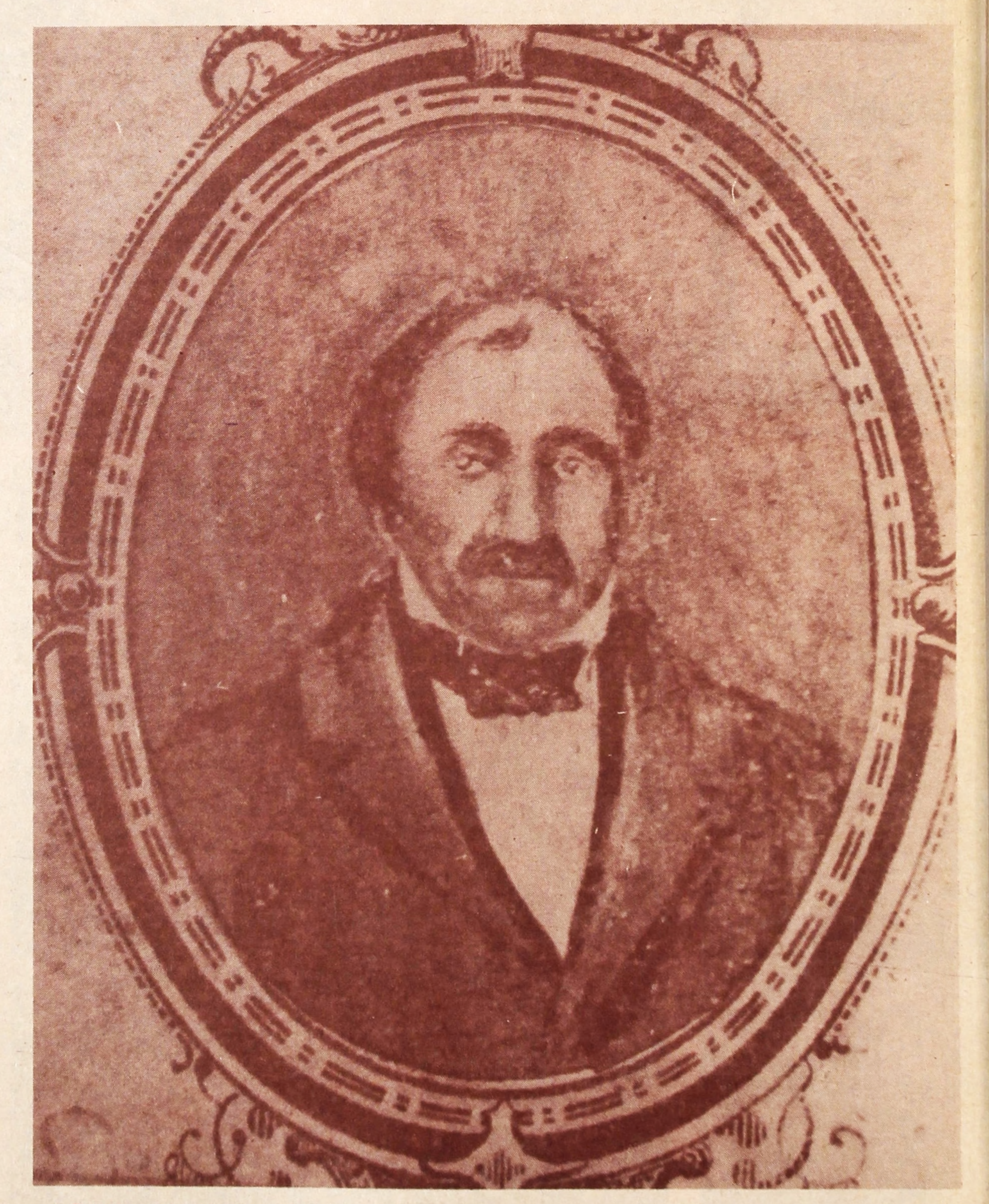
(1). Reacción formalista a la que no fueron indiferentes nuestros artistas, becados o no, que en aquellos años frecuentaban las academias de París y Alemania; Bellini, Rivello, Oscar García Reino, Miguel Pareja, Vicente Martín; la practicaron antes de volcarse a la línea de vanguardia. Cómo no recordar, también, las armonías de conjunto en las geometrizadas figuras de Ricardo Aguerre y Manuel Méndez Magariños.

La reacción formalista perdió pujanza con la muerte de Bellini primero y Rivello después. En épocas posteriores, la exaltación de la forma volverá, en Norberto Berdía, el solitario Felipe Seade, en algún intento de Luis Mazzey y en Carlos Prevosti.

Noticias iconográficas sobre el coronel Manuel Lavalleja

Cuando parecieran resueltos problemas de todo orden en materia histórica, la investigación aporta permanentes correctivos, ya en lo documental, iconográfico o el mismo interpretar de cosas y hechos bajo luz de hallazgos renovadores. Situaciones tenidas por definitivas han claudicado sin rescate, al punto que ciertas "verdades" duermen el sueño del olvido tras la sesuda investigación. Desde aquel irrecusable "nada es verdad o mentira, todo es según el cristal con que se mira" los testimonios sesudos suelen darse en progresiones inauditas hasta desnaturalizar por completo la naturaleza de los hechos.

Por lo que toca a la iconografía pasa otro tanto, hasta que el especialista pone los puntos sobre las íes. La gama de causantes van desde lo conjetural, la ignorancia o el apropósito, fruto éste casi siempre del prurito falaz de ofrecernos una imagen que muchas veces está muy lejos de la realidad. Cierto tipo de periodismo en lo que corre del siglo, especialmente de la vieja Europa, ha fomentado, tanto bajo los acucios informativos, irreverentes ilustraciones que pecan a ojos vistas de la peor mal información. Puede surgir al paso el correctivo, pero



Retrato original del coronel Manuel Lavalleja. Se trata de una copia fotográfica del aguazo que existía en poder de su viuda, la inolvidable dama que fue Juanita Lapuente de Lavalleja. Data aproximadamente esta reproducción del año 1860

sobran casos aquende y allende los mares, de infundios aceptados sin motivo alguno.

La vera imagen del prócer que nos ocupa llevaba miras de perpetuarse hasta que un hallazgo casual terminó para siempre con un retrato fraguado a principios de siglo, pergeñado en base a recuerdos muy borrosos. Pero antes de elucidar incógnitas vienen al caso algunas noticias biográficas sobre el hermano menor del Jefe de los 33 Orientales.

DATOS SOBRE UN PROCER POCO AFORTUNADO

Manuelito Lavalleja, en el designio de sus íntimos, nació en Minas el 20 de setiembre de 1797 y una semana después lo acristianaron con los nombres de Juan Joaquín Manuel Eustaquio.

Concurrió a la batalla de Las Piedras el 18 de mayo de 1811, bajo órdenes del entonces coronel José Artigas, para revistar después en el Regimiento N° 4 de Blandengues junto al coronel graduado Ventura Vázquez Feijóo, donde tuvo por conmilitones a Gabriel Velazco, Bernabé Rivera y Eugenio Garzón.

Planteada la escisión que encabezara el comandante Ventura Vázquez Feijóo contra las decisiones de Artigas, desde el Batallón N° 4 adicto a Buenos Aires, los hermanos Lavalleja, según noticia ulterior del luego general Fructuoso Rivera, renegaron del Prócer, para revistar en el Sitio de Montevideo con las milicias de Manuel Francisco Artigas. Pero traicionados a su turno al ordenar los porteños el desarme de los orientales en el Cerrito de la Victoria, se produjo el retiro de éstos y su reintegro a las filas originarias.

Juan A. Lavalleja y su hermano, tras un largo viaje, alcanzaron el grueso de las fuerzas artiguistas en Arerunguá, consiguiendo el perdón del Primer Jefe de los Orientales, quien destinó al primero, con grado de capitán, precisamente en el Batallón de Rivera.

La Segunda Invasión Portuguesa, tomó a los Lavalleja en los sufridos contingentes patrios. Al claudicar la heroica resistencia en 1820, Don Manuelito, acompañó a Rivera para adherirse y jurar al cabo las potestades del emperador Pedro I, en el Arroyo de la Virgen (17 de octubre de 1822).

Exiliado en Buenos Aires, fue partícipe de las reuniones preparatorias de Barrancas y San Isidro, culminantes con la Cruzada de 1825. Prisionero de los imperiales en la noche del 17 al 18 de julio del referido año, siendo ya capitán, mereció en ausencia los despachos de teniente coronel, expedidos el 12 de octubre, fecha de la victoria de Sarandí.

Vuelto a filas en 1827, el 10 de marzo, fue capturado con otros jefes y oficiales por los brasileños Calderón y Yuca Teodoro.

Conceptuado el comandante Lavalleja, "presa valiosa", por motivos de consanguineidad, lo remitieron al Fuerte de Lage, cerca de Río de Janeiro, donde permanecería hasta la hora de concertarse la paz.

Reconocido teniente coronel de Caballería el 1° de abril de 1828, el fallido comandante general de fronteras, fue a partir del 23 de octubre, igual titular "de la línea que corre desde Santa Ana hasta el Uruguay por la costa del Cuareim" y desde este punto a las costas del Uruguay. Retuvo en consecuencia la Comandancia de Paysandú con general beneplácito.

En la década de la Jura de la Constitución, residió cerca de Montevideo, trasladándose al Cerrito con la instalación del ejército sitiador a órdenes del general Manuel Oribe en 1843.

Comandante de Salto en 1845, le tocó enfrentar las fuerzas de mar y tierra despachadas desde Montevideo, contra la población, y no obstante el notorio valor de Lavalleja, tanto su remanencia, como la falta de gente adicta y las precisas armas condicionarían su derrota. El yerro de aquel designio, fincó en su conocimiento y experiencia tierra adentro, como lo demostró con la invasión de Tacuarembó en 1834, y la jefatura al frente del Estado Mayor del general Manuel Britos, desempeño que abarcara los departamentos de Salto y Paysandú, en



Juana Lapuente de Lavalleja. Fotografía tomada hacia 1858 en el conocido taller de Julio Fermepin, artista francés radicado posteriormente en Buenos Aires



Falso retrato en base a un identikit, urdido a comienzos de siglo y difundido en obras históricas orientales y argentinas

los albores de la Guerra Grande.

Derrotado por Garibaldi en los potreros de Itapebí, con los efectivos incursores de la capital, sólo volvió a cargo con el retiro de los mismos, ocupando interinamente la jefatura local en momentos de celebrarse la Paz de Octubre.

Residiendo en su estancia de Cañas, el 9 de julio de 1852, un síncope cardíaco lo fulminó mientras se encontraba entregado a las faginas rurales. Su viuda, doña Juana Lapuente lo trajo a sagrado el 7 de marzo de 1854, reposando la urna cineraria desde entonces en el Nicho N° 454 del Cementerio Central.

El veterano militar de los ejércitos de la patria, casó el 26 de agosto de 1826, con Juana Lapuente, natural de Montevideo, hija de José de la Puente y de Juana González. Dama de acendradas virtudes, la señora de Lavalleja, sobrevivió a su cónyuge por espacio de más de cuarenta años, puesto que su deceso se produjo en la capital de la República el 30 de mayo de 1896. Nuestros recuerdos tradicionales alcanzaron su venerable persona por los sobrinos nietos Iglesias-Canstatt y Landívar-Lavalleja. Sin posteridad por haber fallecido muy jóvenes sus hijos, concretó todos los afectos entre los parientes laterales, destacándose especialmente al melancólico y olvidado poeta Laurindo Lapuente, fallecido en Buenos Aires en la década del 70, víctima del mal del siglo.

GENESIS DE UNA BUSQUEDA Y UN HALLAZGO

El erudito historiador compatriota, Ariosto Fernández, fue el primero en impugnar el inauténtico retrato del prócer Lavalleja, incluido y difundido por el buen manual de H. D. (Hermano Damasceno).

En procura de antecedentes según lo expresara, sólo pudo filiar por noticias tradicionales la existencia de un daguerrotipo conservado en poder de la viuda de Lavalleja, pieza extraviada con su deceso. Muy desvaído ya, el espejo metálico de llegar a nuestros tiempos, pudo salvarse mediante la ayuda fotográfica de los rayos infrarrojos, verdadero artilugio mágico en recuperaciones de esta especie. Pero dado como trasto inservible, tal vez no llegó al siglo que corremos.

Lo fortuito jugó aquí su parte. Algún conocedor de la vieja pieza dio someras referencias fisonómicas, armándose un verdadero identikit, que llevaba miras de perpetuarse como una verdad inconclusa, testimonio que un feliz hallazgo destruye ahora para siempre.

Pautó el vuelco inesperado, un viejo álbum fotográfico que perteneciera a la hoy desaparecida familia de Rivas-Saraví, antaño muy vinculada a la procérica estirpe de los Lavalleja. La pieza en sí, es una reproducción fotográfica muy antigua del aguazo trabajado sin duda alguna durante la Guerra Grande. Labor de artistas franceses, transeúntes no tan casuales por estas tierras, los mismos, conforme noticias de la señorita María B. Iglesias Canstatt, llegaría hasta el litoral del país. Corroboran el aserto otros cuadros familiares pintados en la misma época y un raro ejemplar de la actriz Petronila Serrano de Quijano, cartón donado por el suscrito al Museo Histórico Nacional.

RASTREANDO TRATOS DE VINCULOS Y AMISTAD

Tanto Don Manuelito como sus hermanos mantuvieron con los fuertes nexos de amistad, un sostenido entendimiento político con el comandante Cirilo Saraví (1800-1868), afecto valedero que debía perpetuarse entre las respectivas posteridades. Sentar fechas es difícil, pero ya en los días de la Independencia, compartieron ideas, pan y manteles. Era el tiempo aquel que desde la lumbre familiar se proyectaba todo sobre las instituciones. Cámaras, foros, cuarteles y parroquias, conjugaron el porqué del ser nacional, desde la entendida plática casera al vivac de la chacra suburbana.

Por cuestiones de residencia, sitio de casamientos y padrinazgos, Las Piedras fue el punto de arranque de una nunca desmentida fidelidad entre las viejas cepas que nos ocupan. Más todavía. Tan en mancomún, que el soldado Saraví concurrió a la campaña de Brasil, calidad de asistente del Jefe de los Treinta y Tres Orientales.

Como no pudo ser de otra manera lo acompañó en la Revolución de 1832, urdiendo entonces el ingenioso Saraví, una tremenda maniobra con amplias repercusiones en ambas orillas del Plata, por sus implicancias político-diplomáticas. Bajo un simulado pacto de rendición, y en perfecto acuerdo con las autoridades provinciales de Entre Ríos y el propio Lavalleja, atrajo tierra adentro al comandante Pedro Natal, jefe de la escuadrilla gubernista, destinada a interceptar el paso a los revolucionarios, haciéndolo apresar por la gente de Urquiza que lo condujo a la cárcel de Panamá. De manera que sin disparar un tiro, le infligieron al gobierno oriental, un problema de marca mayor. Queda del famoso episodio un fajo de cartas y entre los retratos, el identificado de nuestro artículo, con expresa constancia del siglo anterior.

Augusto I. SCHULKIN

Especial para EL DIA

La vida cotidiana en Francia hace un siglo



¿Saben los admiradores de Proust que el autor de "La prisonniere" dirigió, a fines del siglo pasado, una revista, o —mejor dicho— que tenía su propia revista, una pequeña publicación periódica de corta duración y cuyos ejemplares constituyen hoy una especie de joya para los bibliófilos?

Por mi parte, confieso que lo ignoraba, hasta que lo leí —lo acabo de leer— en un libro encantador que escribió Robert Burnand y que se titula "La vie quotidienne en France, de 1870 a 1900". La revista de marras se llamaba "Le Banquet" —sin duda en evocación de Platón— y apareció más o menos simultáneamente a "L'Hermitage" que dirigían André Gide y Paul Valéry, "Les taches d'encre" de Maurice Barres y "Les grimaces" de Octave Mirbeau. Todas ellas publicaciones periódicas de pequeño y selecto público, pues, como es natural, no podían competir con la "Revue des Deux Mondes", la "Revue de París" o el "Mercure de France" que nació en 1890 y vivió hasta hace pocos lustros.

No insistiremos con este tema revisteril. Ya que el bello y jugoso libro de Burnand está en nuestras manos y en nuestros ojos, ya que no se trata de un "best-seller" y —según creemos— no fue todavía traducido al español, ¿por qué no sintetizarlo y criticarlo en estas líneas? Vivimos en una época en que el tiempo nos devora. Muchas veces, debemos contentarnos con una noticia de aquello que ¡ay,! quisiéramos conocer a fondo, íntegramente. Pero esa noticia será siempre mejor que la ignorancia, pues podrá servir de estímulo, incitar a la búsqueda o —simplemente— abrir una ventana.

Comienza Robert Burnand afirmando que en estas páginas no ha querido realizar un trabajo erudito, sino que en esta historia ha querido poner algo de su corazón. Juzga que sus páginas (que suman 305) son buenas únicamente como materiales para ser utilizados por historiadores que harán la crítica del testimonio.

El libro comienza con el decenio de 1870, tan trágicamente inaugurado en la dulce Francia. El 71 aparece envuelto en el ruido de las armas y el humo de los incendios. Las imágenes de Bismarck, de Thiers y de la Comuna se destacan en medio de la oscuridad. Los horizontes parecen definitivamente ennegrecidos por la guerra extranjera y la civil. Pero ambas fueron cortas, aunque el país fue pillado y humillado. Burnand, no obstante, afirma que "el desastre no tuvo muy pesadas repercusiones económicas y, sobre todo, no eran muchas, en proporción, las familias que tenían que llorar la muerte, por el enemigo, de uno de sus miembros".



A pesar de ser anticlerical, Anatole France gustaba de adornar su residencia con santos, con vírgenes, con relicarios

El país renace, revive. París vuelve a ser París. La gente considera que se ha pecado por imprevisión, pero quiere olvidar, divertirse. En 1873 tiene su presidente, el mariscal Mac-Mahon, tiene sus Cámaras, inspiradas en la tradición parlamentaria británica.

El 5 de enero de 1875 fue inaugurado solemnemente el magnífico edificio del teatro de la Opera (obra del arquitecto Charles Garnier) con la asistencia del mariscal Mac-Mahon y el alcalde de Londres, con su manto y su collar de pedrería. El 14 de julio de ese año se dio una representación de entrada gratis y el pueblo tuvo la sensación de participar, aunque sólo fuera por unas pocas horas, de los placeres y los privilegios de los elegantes y los adinerados. Y empezó para los habitués la agenda semanal: los lunes de L'Opera, los martes de la Comedie Francaise, Sarah Bernard en el Odeón, además de las actuaciones, en otros teatros, de Mounet Sully, de Coquelin, de Rachel, de Rejane. En el 75, el fracaso de "Carmen" de Bizet, fracaso en el que, lamentablemente, Burnand no se detiene. Trataré, pues, de evocar, con verdadera melancolía, lo que sé de ese injusto fracaso, que enfermó a su autor, acortando su existencia. Hoy es muy fácil entusiasmarse con la música de "Carmen" y reconocer el genio de su autor. Españoles de talento han expresado que en esa música está España de cuerpo entero y mejor captada que en obras de algunos buenos músicos españoles. Pero el estreno de "Carmen" —que, según creo, no se repitió al día siguiente— contó no sólo con el desinterés, la ignorancia y la mala voluntad de espectadores incomprensivos o incomprensibles, sino que hasta los propios actores sabotearon la obra con su negligencia y su falta de entusiasmo ese entusiasmo tan necesario para toda realización artística.

No olvidemos que el genial Bizet, nacido en 1838, falleció precisamente en 1875, el año del lamentable estreno de su obra maestra, ya que su "Arlesienne" no tiene la trascendencia ni el encanto de "Carmen".

En 1875 comenzaron a edificarse los grandes edificios de apartamentos, en el lugar que habían ocupado elegantes "villas" de hermosos jardines en que abundaban los arbustos de lilas. No podía concebirse una comida sin abundante carne, ni un

ropero sin espejo exterior, ni una verdadera residencia sin piano y billar. Ni una joven distinguida sin la dama de compañía (a veces sustituida por sus padres o por su hermano mayor (del brazo). La reina Victoria, pesada pero sin perder su porte majestuoso, acostumbraba disfrutar temporadas en Monte Carlo o en Niza, tratando de pasar de incógnito (todo lo que fuera posible, en una estampa tan divulgada por la prensa). Recién en 1880 se comenzó a festejar popularmente el 14 de julio. París era el refugio de los reyes en exilio (Isabel de España, por ejemplo). Las terrazas de los grandes bulevares — café Américain, café Tortoni, Napolitain— reunían, en animada charla, a los grandes nombres de las letras, del arte, del mundanismo, en una época en que se disponía del ocio necesario para esas reuniones. Catulle Mondes, Tristán Bernard, Francois Coppé eran algunos de sus habitués. El "Follies-Bergere" había dado su primera función en 1869 y su popularidad era ascendente, con las canciones de Ivette Guilbert, las danzas "serpentinas" de Loie Fuller. El año 1877 fue el de "Sanson et Dalila" de Saint Saens. En el cabaret "Du Chat Noir" se iniciaban algunos poetas que luego serían famosos, como Albert Samain. Las grandes cortesanas se llamaban Line de Pougy, Emilienne d'Alencon, Madame la Marquise de la Paive, luego condesa de Donnersmarck, etc. Hacia 1890, todavía era muy corriente el uso de las lámparas de petróleo. La lentitud con que se impuso la luz eléctrica chocó con las costumbres y las rutinas. ¿Qué peligros podría correr la casa con la electricidad? ¿El incendio? Los barrios industriales fueron los primeros en aceptar la luz eléctrica. El gas seguía su brillante carrera. "Gas en todos los pisos" era la orgullosa inscripción en muchos hoteles y edificios de apartamentos.

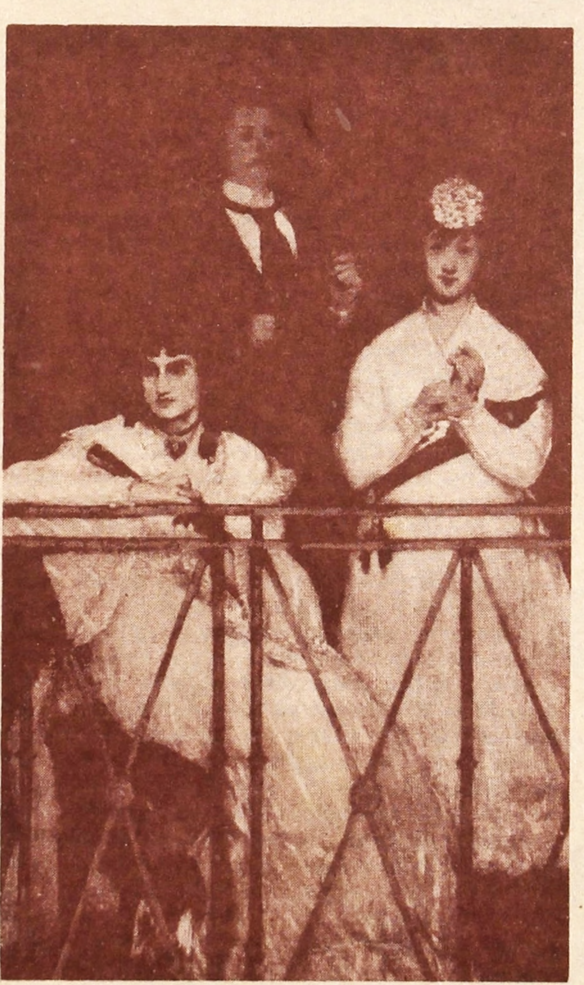
En 1876, Graham Bell, de Boston, y su amigo Augusto Watson inventaron el teléfono. París fue la primera ciudad europea que estableció una red urbana de teléfonos en 1886; en el 91 se comunicó con Gran Bretaña. Pero la novedad del teléfono no amortiguó el gusto por la correspondencia. Las cartas, generalmente extensas, se sellaban casi siempre con lacre, aunque no fueran certificadas. Las músicas más populares, junto a las arias de las óperas, eran sobre todo "Il baccio", "Amoureux", "Sourire d'Avril" (Burnand olvida los valses de Octave Cremieux: "Printemps evanouie", "Quand l'amour meurt", etc.) Aunque las cuadrillas y los lanceros eran muy populares, no se dejaba de encontrar ridícula el hecho de que en esos bailes las parejas no se abrazaran (hoy, con el rock pienso que acontece lo mismo, pero la juventud —que alardea de muy sexual— no encuentra ridículo esa separación, aunque es evidente que todo baile en pareja es — debe ser— una especie de entrega). En provincias, los bailes se realizaban en locales alquilados, a fin de evitar los robos en casas de familia. En los diarios eran frecuentísimas las listas de regalos que habían recibido los recién casados. Aquí se hizo también hasta los tiempos de la Primera Guerra Mundial (la boda de Delmira Agustini, por ejemplo). Las familias visitaban con mucha frecuencia a los fotógrafos. Las tarjetas de visita y los álbumes de tarjetas postales estaban a la orden del día. Había, en las casas, el gusto por los loros y los monos. Raymond Poincaré tenía una gatita siamesa, que cuidaba como si se tratara de diamantes. Los bibliófilos formaban legión. Jules Lemaitre era el más respetado crítico literario. Se chismeaba en torno al Conde de Montesquieu. Los años que abarca este libro son los de la obra renovadora de los pintores impresionistas. Su magnífica y generosa creación fue debidamente valorada... sólo por una minoría. No nos ilusionemos pensando lo contrario. Los pintores que admiraba el gran público no eran ni Gauguin, ni Renoir, ni Monet, ni Manet, ni Van Gogh... No. Los pintores que el público valoraba eran los "portraitistas" que hacían vida mundana y retrataban a sus clientes con una pasmosa fidelidad en todos los detalles.

Burnand se olvida de un episodio muy sugestivo al respecto, que voy a evocar aquí: los magistrales lienzos del legado Gaillebotte fueron menospreciados; al principio, las autoridades no sabían qué hacer con él. Luego de grandes discusiones acerca de su valor artístico, se los ubicó en una de las salas del anexo del Musée du Luxemburg. ¿Y qué cuadros eran esos?: "Coeur de village a Auvers", por Cézanne, "La gare Saint Lazare", por Manet, "Le moulin de la Galette" por Renoir, uno espléndido de Degas, varios paisajes de Pisarro, etc. Y entre este etc. "Mere et enfant" por Mary Cassat, la artista franco-estadounidense impresionista. También olvida Burnand —y quizá ello es explicable, queriendo abarcar tan movidos treinta años en un solo libro, sin colaboradores— que fue precisamente en los primeros años de 1870 que un grupo de pintores — disgustado por el criterio formalista, académico de los jurados artísticos, había fundado en París la "Société Anonyme des Artistes, Peintres, Sculpteurs, Graveurs, etc." en una de cuyas exposiciones se exhibió un pequeño y bello cuadro de Monet titulado "Impression: Aurore". El crítico de arte Louis Duroy, sugestionado por ese nombre, tituló su reseña de la exposición: "Expositión des impressionistes" y el nombre hizo camino, se fue imponiendo.

Aunque ya el aire vibra con los arabescos simbolistas de Debussy, es muy grande en esa época de admiración de los poetas —sobre todo de Catulle Mendes— por la música de Wagner, a quien las autoridades musicales francesas no habían sabido valorar y que, por lo demás, vivía peleado con Francia. En las calles —sobre todo en las pequeñas ciudades de provincia— los pregones de los vendedores ambulantes eran familiares. Todo el mundo sacaba fotografías "en placas", pues recién en 1905 aparecerá la "película". Se viajaba poco y había que reservar pasajes. Los equipajes eran enormes, complicados. La gente, en general comía con abundancia, excesivamente (el plato único, sólo lo conocía el muy pobre). Recién en 1884 apareció el "vagón restaurante" en los ferrocarriles. El primer biciclo desembarcó en Francia en 1884, llegado de Gran Bretaña; el primer triciclo en el 79 y recién en el 84 se difundió la bicicleta.



"Pontoise" óleo que Pissarro realizó en 1879



Retrato por Gauguin

La avenue des Champs Elysée carecía, en 1882, de alumbrado eléctrico. Y a pesar de su grandeza y majestuosidad, mucha gente encontraba absurdo vivir allí, entre grandes avenidas solitarias y rodeadas de pantanos. Antes de la apertura del "metro", en 1900, la locomoción parisiense era muy insuficiente. El pueblo viajaba en ómnibus y, como Walt Whitman en Manhattan, gustaba de ir conversando con el "chauffeur". Víctor Hugo vivía en Passy, en la hermosa avenida que hoy lleva su nombre.

Eran épocas de grandes exposiciones: la de 1878, que inauguró el viejo edificio del Trocadero (¿por qué lo demolieron, con su aire vagamente oriental?). La exposición de 1889, que inauguró la torre Eiffel, que casi todo el mundo consideraba horrible, consolándose con el pensamiento de que sería demolida una vez clausurada la exposición. Todavía, en muchos barrios, los alumbrados de los reverberos pasaban con sus largas "cannes".

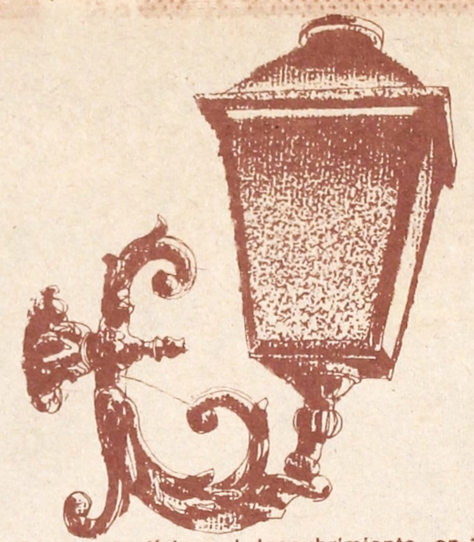
Y los problemas de las colonias: Túnez en 1880... Tonkin, Madagascar, Marruecos, la reina Ranavalo. Y el "affaire Dreyfus" y los popularísimos dibujos de Caran d'Ache.



Marcel Proust



El balcón, por Edouard Manet



Es importantísimo el descubrimiento, en 1884, del suero contra el crup (Instituto Pasteur); en 1880, la incubadora artificial y en 1895, la leche esterilizada.

En la primavera del 97 fue el horrendo incendio del Bazar de la Charité, cerca de los Champs Elysée. Hubo muchos muertos, entre ellos una princesa. El fuego se expandió por un fósforo que se extendió en una base alquitranada, en la cabina que estaba proyectando cine (posiblemente por medio de placas de vidrio). Una chapa de bronce, en el mismo lugar, recuerda el siniestro.

En los años que estamos evocando era muy importante, en un bautismo, el regalo del padrino a la madrina.

El nombre de Clemenceau estaba a la orden del día. También (aunque, naturalmente, con otro tono) el de Cora Pearl (porque en el siglo pasado, pese a Santos Discépolo, también se daba el "cambalache").

Eran hermosísimas las cabezas de las niñas, con sus cabellos flotantes, sus bucles o sus trenzas. Los niños jugaban con soldaditos de plomo y con calcomanías.

Esta es asimismo la época de la inauguración de los "grands magasins": el "Bon Marché" en 1872; "La Samaritaine" en el 80; "Le Printemps" en el 82. Más tarde las "Galerías Lafayette" y el "Louvre".

Palacetes en Niza, auge de la Cote'd'Azur, con visitas del príncipe de Gales, del emperador de Brasil, de la aristocracia rusa. En Monte Carlo funcionaba la "Societé des bains de mer".

Y llega en "fin de siglo" ese "alibí" como lo califica Burnand. El nacimiento del automóvil, la consolidación del cine y de la aviación.

Es natural, por lo demás, que en lo que se refiere a la vida cultural, Burnand olvide algunos acontecimientos. ¡Esa vida fue siempre tan rica y desbordante en Francia! Trataré, pues, de subsanarlos: en 1872 fallecía Théophile Gautier, a quien Baudelaire había dedicado sus "Fleurs du mal" (¡nada menos!). En 1877 el gran poeta (desconocido) Charles Cros presentó a la Academia de Ciencias de París su invento del fonógrafo, que él había concebido antes de Edison, aunque la posteridad atribuye injustamente al estadounidense dicho invento. Hacia fines de siglo se realizaban, en la rue de Rome, las célebres reuniones semanales en casa de Stéphane Mallarmé. El 8 de enero de 1896, en un día de calles nevadas, fallecía en el barrio Latino, en una miserable casucha de la rue Descartes, el enorme poeta Paul Verlaine, acompañado de Eugenie Krantz, una prostituta callejera con la que vivía en concubinato y a la que quería, entre otros motivos, porque era oriunda de Metz, la ciudad alsaciana —a orillas del Mosela— en que también él había nacido. El ambiente sórdido de su muerte contrasta con la pureza de aquel en que falleció —también por esa época fin de siglo— el otro finísimo simbolista Albert Samain, ambiente que no estuvo localizado propiamente en París como el de Verlaine, sino que fue a algunos kilómetros, en el encantador lugar campestre de Magny-les-Hameaux, donde Samain cerró sus ojos rodeado por las tocas albísimas de las Hermanas de Caridad.

París fin de siglo... Valses, champagne, inventos... Para algunos, el pleno reinado de la "belle



La condesa de Montebello, en un baile

époque" por su despreocupación, su suntuosidad, su alegría... ¿Lo fue realmente? Sí, para una muy estricta minoría. Yo pienso, en cambio, en lo fea que es la otra faz de la moneda. ¿Cuántas horas debía trabajar un obrero? ¿Cuántas humillaciones debía sufrir una sirvienta? ¿Y el índice de analfabetismo mundial? En cualquier lugar acechaba, implacable, el monstruo de las enfermedades infectocontagiosas. La higiene era un privilegio de poquísimas personas.

Si la época actual nos abruma de preocupaciones y problemas —mal que, quizá en menor escala, siempre ha existido y existirá— en cambio podemos considerar un privilegio —y una recompensa— el maravilloso adelanto de la medicina.

No nos dejemos, pues, ilusionar por nostalgias injustas, ni carguemos "al progreso" y a "la técnica" ciertos males de nuestros días. Tal fue el pensamiento que vino a mi mente al cerrar el hermoso libro de Burnand.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Jean Béraud, pintor que gozó de mucho predicamento en la época, pese a su mediocridad

TARZÁN QUEDA INCONSCIENTE AL SER BLANCO DE UN DARDO. LA MUERTE NO SERÁ RÁPIDA PARA LOS PRISIONEROS DE LOS PIRATAS DYAK...



SÉ QUE NUNCA ME HAS AMADO, LIZ, PERO... ¿CÓMO PUDISTE TRAICIONAR A LOS OTROS?

¡NO LES DEBO NADA A ELLOS... NI A TI! ¡LOS PIRATAS PUEDEN HACER CON USTEDES LO QUE GUSTEN, SI ME PERMITEN VIVIR!

TARZÁN SE HAYA INCONSCIENTE AÚN... Y EL PROFESOR PORTER, EDDIE MARKHAM Y HANS VANDERVOORT AGUARDAN SER DECAPITADOS, CUANDO COMIENZA OTRO MONZÓN.



CUANDO TARZÁN COMIENZA A VOLVER EN SÍ, COMPRENDE QUE SUS MÚSCULOS NO PUEDEN ROMPER SUS ATADURAS. PERO NI SULEIMAN NI TARZÁN NOTAN QUE UNOS OJOS NEGROS OBSERVAN.



OZU, LA MADRE DE BALU QUE TARZÁN SALVÓ DEL TIGRE, INCITA A LOS OTROS ORANGUTANES A QUE AYUDEN AL QUE SALVÓ A SU HIJO, PERO TUBOT, REY DE LA TRIBU, SE NIEGA A CORRER EL RIESGO.



FRENTE A LA ISLA DE MALARANG, EL SUBMARINO NUCLEAR, ROLAND, SUBE A LA SUPERFICIE Y SE DISPONEN A DESEMBARCAR.



OZU SE CUELA EN EL TEMPLO Y ESPERA LA OPORTUNIDAD DE PODER AYUDAR A TARZÁN. LA LLUVIA HA CESADO Y LOS PIRATAS AFILAN SUS ESPADAS.



TARZAN® 9-18 #2740 GRAY MORROW DON KRAAR